

✠

PRIMERA PARTE

DE LA RENEGADA DE VALLADOLID.



RELACION CURIOSA DE UN DULCE TRATADO, de como una muger, natural de Valladolid, siendo cautiva, negò la Ley de Dios nuestro Señor, y casò con un rico Moro; y como cautivaron à un Clerigo hermano suyo, el qual sirviò à su hermana tres años de Esclavo, sin que se conociessen; y como Dios fue servido, que al cabo de ellos se conocieran, por ciertas preguntas, que le hizo la Renegada.

DEsde Poniente à Levante,
hasta el grande Septentrion,
con alta voz retumbante
es muy justo que se cante
tal caso de admiracion.
Es caso dulce, y gracioso,
muy mas dulce que la miel;
aunque al principio espantoso,
terrible, y muy temeroso,
mas amargo que la hiel.
Y para poder decir
este caso con dulzor,
sin discrepar, ni mentir,
serà menester pedir
favor à nuestro Señor:
al qual suplico humilmente,

co-

como à Padre Celestial,
dulcissimo, y mas clemente,
guie mi sentido, y mente
en aquesta obra tal.

COMIENZA LA OBRA.

EN Valladolid vivia
una Niña muy hermosa,
dotada en sabiduria,
que su padre la instruìa
para Monja virtuosa.
Esta tal tenia un hermano
en Gramatica sapiente,
en servir à Dios muy sano,
y aunque mozo, buen Christiano,
siervo del Omnipotente.
En Salamanca aprendiò
el mancebo Theologìa,
y à Valladolid llegò
un Capitan, que nombrò
nuestro Rey para Bugìa.
El Capitan se hospedò
enfrente de la Doncella,
una mañana la viò,
y assi como la mirò,
se encendiò en amores della.
El Capitan la embiaba
muchas coplas amorosas,
que nadie las barruntaba,
y tambien la presentaba
ropas, y joyas costosas.
La Doncella le rogò,
que en tal cosa no pensasse,
y las joyas le embiò,
y mucho le suplicò,
que sus puertas no rondasse,
que es doncella muy honrada,
de buena linea, y parientes,
que seria maltratada,
de su padre atormentada,
y afrentada de las gentes.
El Capitan encendido
en la enojada Doncella,
de sus amores herido,
promete ser su marido,
y de casarse con ella.
La Doncella concediò,
con tal que con ella case;
una noche la sacò,
y à Peñafiel la llevò,
sin que nadie lo pensasse.
A Bugìa se partiò,
gozando de su hermosura;
mas su placer no durò,
que presto le derribò
la fortuna su ventura.
Y es, que los Moros cercaron
à Bugìa con presteza,
y en la fuerza se entregaron,
y entre los presos hallaron
esta singular belleza;
y como un Baxà la viò
hermosa, moza, y dispuesta,
à ella se aficionò,
y para sì la tomò,
como la viò tan honesta.
Metiòla luego en el mar,
y à su tierra la llevò,
viviò en la Ciudad de Imàr,

y

y antes de desembarcar,
de amores la requiriò;
mas no la pudo vencer
por mas que la importunaba;
y ella dixo: has de saber,
que en tal no me has de ofender,
aunque yo sea tu esclava:
basta mi terrible pena,
y larguissima prision,
que desde hoy se me ordena,
sujeta à la tu cadena,
y ausente de mi Nacion.
El Moro la regalaba
dandola buena comida,
à su mesa la sentaba,
y de amores la trataba
con palabras muy sentidas.
Dixo un dia, que negasse
à Christo, Sacro Agnus Dei,
y que Mora se tornasse,
y despues con èl casasse,
pues es tan buena su Ley:
que mas vale que reciba
toda la Ley Mahometana,
y en descanso, y bienes viva,
que no verse asi cautiva
sujeta en tierra Pagana.
Por libertad, y riqueza
renegò de aquel Thesoro
del Alta, y Suprema Alteza,
sin temor, y sin pereza,
y se casò con el Moro.
Veinte y seis años estuvo
metida en su mala secta:
del Moro dos hijos tuvo,
y su mala Ley sostuvo
como infernal Mahometa.
Estaba tan apartada
de Christo, y de sus Thesoros,
como si fuera engendrada,
nacida, y tambien criada
de continuo entre los Moros.
Y como el Juez Soberano
se puso en la Cruz por todos,
dando remedio al Christiano,
un Sacerdote su hermano
la embiò por estraños modos.
Y es, que el Clerigo venia
de Roma de negociar,
con otros en compañia,
en alta mar se metia,
y empezò de navegar.
Diez Galeras le salieron
de Moros, por buena cuenta;
muy grande cerco pusieron,
el Navio le rindieron,
y cautivaron noventa.
El Clerigo fue llevado
à la fuerza de Moròn,
de ropas desvalijado,
y fue puesto en el Mercado,
donde se vendiò à pregon.
El Moro no conociò
el Esclavo que compraba,
y una cadena le echaba,
y à su muger le llevò,
sin saber lo que llevaba.
Haviendo Jesus juntado
los dos que bien se querian,
hermana, y hermano amado,
har-

hartas veces se han mirado,
pero no se conocian.
Ni ella conocia à èl,
ni èl à su hermana mayor:
dabale vida cruel,
como renegada infiel,
que negò à su buen Señor.
Tres años, y ciertos dias
sirviò el Clerigo à la hermana,
sufriendo mil perrerìas,
hasta que el Sacro Messìas
les abriò la senda llana.
Y es, que el Clerigo con zelo
invocaba cada dia
à la alta Reyna del Cielo,
y rezaba por consuelo
su Rosario de alegria.
Todas las noches estaba
tres horas justas cabales,
y los Maytines rezaba,
y con devocion passaba
los Psalmos Penitenciales.
Una noche le azechaba
la hermana, por vèr què hacia,
y le viò como rezaba,
y con devocion llamaba
à la Gloriosa MARIA.
En el año de setenta
y nueve, con gran recreo,
vispera de San Matheo,
de España le pide cuenta,
con entrañable deseo.
Y dixo: Dime, donde eres?
Responde, no estès turbado,
tienes en tu tierra haberes?
que si los tienes, y quieres,
bien puedes ser libertado.
Eres casado, ò mezquino?
tienes hijos, y muger?
Respondiò: Con Dios Divino
soy desposado, aunque indigno;
en èl tengo mi querer,
y la Gloriosa MARIA
es mi Madre enamorada.
La Renegada decia:
Dexate de essa porfia,
que tu Ley no vale nada.
El buen Clerigo callò,
como se viò en tierra estraña,
y otra vez le preguntò,
què oficio fue el que aprendiò,
y de donde era de España?
Respondiò muy liberal,
no con placer, ni con risa:
Es mi oficio Celestial,
sobre todos general,
soy Sacerdote de Missa.
Cada vez que Missa digo
se baxa Dios à mis manos,
es de sus siervos Amigo,
es Sustento, Pan, y Abrigo
de los leales Christianos.
Dixo la hermana: Esse oficio
en tu tierra es muy tenido,
es oficio de exercicio,
oficio, que quita vicio,
de oficios el mas subido.
Razon tienes de alabarle,
y tambien te hago saber,
que bien puedes olvidarle,

que

que no bolveràs à usarle
estando tù en mi poder.
En què Villa, en què Ciudad,
ò en què tierra te has criado?
no me niegues la verdad.
Respondiò con humildad,
bien aflicto, y congoxado:
Dexame (triste de mì!)
con mi pena, y mi passion,
que no sè donde nacì,
basta que me veo aquì
sujeto à vuestra prision,
do no puedo celebrar
el Cuerpo de mi Señor.
Dexate de tanto hablar:
de donde eres? por mi amor
no me lo quieras negar,
que yo en España me vì,
aunque me veo aqui ahora;
diez años por cierto fuì
cautiva en Valladolid
de una muy rica señora.
Como el Clerigo la oyò
su buena tierra nombrar,
las sus mexillas regò
con lagrimas, que vertiò,
y empezaba à suspirar,
diciendo: Has redoblado
mi dolor grave, y crecido,
que la tierra que has nombrado
es do soy Beneficiado,
y soy criado, y nacido.
Comenzò ella à consolarle,
y aplacar su llanto, y lid,
y por puntos preguntarle,
que la dixesse en que calle
vivia en Valladolid.
Respondiò con gran dolor,
afligido, y con zozobra:
Vive mi padre, y señor
junto à la Iglesia Mayor,
en la calle de la Obra.
Conoces à los Rosales,
gente rica, y principal?
Dixo: Yà doblas mis males,
essos son mis tios carnales,
y no saben de mi mal.
La Renegada, que viò
las buenas señas, que daba,
al hermano conociò,
y aunque lo dissimulò,
el corazon la lloraba.
No hay contento que la quadre
mas, que vèr su buen hermano;
y dixo: Dime, tu padre
còmo se llama, y tu madre?
y tu nombre dime llano.
Llamase Juan de Azebedo
el mi buen padre, y señor,
y mi madre Leonor,
por sobrenombre Salcedo,
y yo me llamo Melchor.
Una hermana has de tener
harto gallarda, y hermosa,
que la lleguè à conocer:
dì, Melchor, que se fue à hacer?
es casada, ò Religiosa?
El Clerigo respondiò,
diciendo: Fuese perdida;
à padre, y madre negò,

no saben quien la llevò,
ni à que Provincia es ida.
Como la hermana notàra
su perdicion, y maldad,
al punto se desmayàra,
y el hermano bien pensàra
fuesse alguna enfermedad.
El Moro no estaba alli,
que con sus hijos fue à caza:
Jesus lo permitiò assi,
y despues, que bolviò en sì,
à su buen hermano abraza.
El hermano se apartaba,
porque no la conocia,
y la hermana lo abrazaba,
mucho gemia, y lloraba,
y suspirando decia:
Abraza à la desdichada
de Agueda de Azebedo,
la perdida, y desastrada,
que yo soy tu hermana amada,
y al Señor tengo gran miedo.
Yo soy tu hermana, que estaba
para Monja virtuosa,
hoy de Satanàs esclava.
O buen Jesus! tù me lava,
que estoy de cieno lodosa:
Mi Diòs, no haya mas discordia,
acogeme à tu rebaño,
pon en mi alma concordia,
que es mas tu misericordia,
que mi pestifero daño.
Veinte y seis años cabales
ha, mi Diòs, que te neguè,
y los bienes celestiales
dexè por los temporales,
do mi alma encenaguè.
Las ropas de terciopelo,
y de muy fino damasco
las arrastra por el suelo,
bolviendose à Dios del Cielo,
y al mundo le pone asco.
Galas, axorcas, manillas,
anillos, y collar de oro,
con lagrimas muy sencillas
los despide, y sus mexillas
lava con esquivo lloro.
La oveja, que era perdida,
yà se buelve à su Pastor,
y la que era aplaudida,
la duele su gran caìda,
ofensa que hizo al Señor.
Decia: Rey Eternal,
yo te bendigo, y alabo,
que por restaurar mi mal,
mi propio hermano carnal
me embiaste por esclavo:
que fue para que entendiesse,
que mi alma no irà perdida,
si mis pecados gimiesse,
y à tì, mi Dios, me bolviesse
à gustar tu Pan de vida.
El Clerigo, como viò,
que era su hermana carnal,
à Dios muchas gracias diò,
y de rodillas se hincò,
diciendo: Rey Celestial,
pues tomasteis carne humana
por todos los pecadores,
Señor, perdona à mi hermana,
que

que desea verse sana,
por tornar à tus amores.
Dos mozas que en casa havia,
eran idas à lavar;
los hijos en compañia
del padre, que al tercer dia
han de venir de cazar.
El Clerigo confortaba
à su hermana, y la tenia,
que con un canto se daba,
el pecho se lastimaba,
y de ello no se dolìa.
Llorando dice: Lleguè
à publicar mis pecados;
à quien me descubrirè?
Buen Jesus, perdoname
mis graves yerros passados:
no me eches de tu presencia,
Gran Señor de los Señores,
tèn de mi alma clemencia,
porque haga penitencia
de mis pecados, y errores.
Mi anima pecadora
presento en tus Santas Manos,
y la Virgen, mi Señora,
sea mi guarda, y guiadora
hasta tierra de Christianos.
Decidme, Virgen Maria,
quando cobrarè el salario
que de antes ganar solia,
pues rezaba cada dia
vuestra Corona, y Rosario?
El dia que le rezaba
ganaba cien mil thesoros;
mi alma se consolaba,
y ahora la tengo esclava,
cautiva en tierra de Moros.
O alma! la honra, y prez,
que os dieron en el Bautismo,
y aquella hermosura, y tèz,
mas negra va que la pèz
caminando àcia el Abismo.
Solias estàr hermosa,
blanca, limpia, y agraciada,
y de Jesu-Christo Esposa;
y ahora estàs ponzoñosa,
por todas partes manchada.
El apetito carnal
os sacò, triste alma mia,
del Colegio Angelical,
y os puso en passo mortal,
dandoos pena noche, y dia.
Quiso Dios, que fue elegido
muy lexos de aquesta tierra
por Capitan su marido,
del Rey Marfuz proveìdo
para ir à cierta guerra.
Sus hijos llevò con èl,
que eran yà de buena edad:
quiso el alta Magestad,
que un hijo de un Mercader
estaba en cautividad.
Vinieronle à rescatar,
y la dueña tuvo modos
para le poder hablar,
y diòle para sacar
passaporte para todos.
El passaporte ordenò:
hizo una carta echadiza,
como que se la ha embiado

su

su suegra, y que la ha llamado
de la Ciudad de Alhechiza,
diciendo estaba doliente,
y fatigada en su lecho;
y la dueña sabiamente
la daba à leer à la gente,
por dissimular su hecho.
Todos quatro juntos fueron
hasta la Ciudad de Roma;
nunca descubiertos fueron,
ni perseguidos se vieron
de la gente de Mahoma.
Estando en Roma, decia
la muy convertida dueña,
(este es passo de alegria:)
Ablandaos, alma mia,
que estais mas dura que peña:
alzad los ojos, y ved
la franca, y divina Palma,
donde se aplaca la sed,
pues Dios os hace merced,
sabedlo conocer, alma.
Siendo ante el Papa humillada,
dice: Padre Espiritual,
lavame, que estoy dañada,
y me he visto abarrancada
en un hondo cenagal.
Pues he visto tu presencia,
oyeme Pastor Sagrado:
Padre, tèn de mi clemencia,
y no me dès penitencia
conforme à mi gran pecado;
que si Dios me castigasse
conforme à mi grande error,
no es mucho que me tragasse
la tierra, y me sepultasse
en llamas vivas de ardor.
La dueña reconociò,
y recibiò nueva lumbre
despues que se confessò,
y el Redentor la tocò
con el calor de su lumbre.
Plegue á Christo, mis hermanos,
que lavemos la conciencia,
y con pensamientos sanos
sirvamos como Christianos
à la Divina Potencia,
para que reconciliados
en la gran Jerusalèn,
vivamos muy descansados
con los Bienaventurados
por siempre jamàs, amen.

FIN.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrès de Sotos, frente de S. Ginès, donde se hallarà.